

LOS AÑOS DIFICILES

En el matrimonio y en la familia se constituye un conjunto de relaciones interpersonales —relación conyugal, paternidad-maternidad, filiación, fraternidad— mediante las cuales toda persona humana queda introducida en la familia humana¹. La incorporación plena de los niños y adolescentes a la familia humana ha de ser progresiva. Su realización correcta depende en gran parte de que los padres presten la adecuada atención al desarrollo físico, psíquico y espiritual de sus hijos, para ayudarles del modo y en el momento oportunos. No en vano, en su designio providencial, Dios quiso hacer de la familia el primer mundo del hombre, el ambiente más propicio para que él nazca, crezca y busque su pleno desarrollo².

La etapa de la adolescencia

La adolescencia representa un momento crucial en la vida. Los hijos dejan de ser niños y entran en la edad juvenil, que encierra una singular riqueza. En concomitancia con las transformaciones físicas y psíquicas propias de esta edad, los adolescentes se plantean problemas nuevos. Desean conocer la función que les compete en la sociedad, y buscan con ansia una orientación fundamental que dé unidad a su vida. Como señala el Papa Juan Pablo II, el paso de la

¹ Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 15.

² Juan Pablo II, Discurso a los Obispos de Costa Rica, 26-I-1984.

infancia a la juventud está marcado por la necesidad de *descubrir y a la vez de programar, de elegir, de prever y de asumir como algo propio las primeras decisiones* ³.

A veces esta búsqueda se traduce en una crisis religiosa, especialmente si la formación recibida hasta entonces ha sido superficial y, sobre todo, si no ha estado respaldada por el buen ejemplo de los padres y hermanos mayores. Pero, por sí mismo, el hecho de llegar a los umbrales de la juventud no debería apartar a las almas de Cristo, sino acercarlas más a El.

Comentando la escena evangélica del joven que acude lleno de ilusiones ante el Señor, pero que al final se retira entristecido, el Papa escribe que *en la decisión de alejarse de Cristo han influido en definitiva las riquezas exteriores, lo que el joven poseía ("la hacienda"). No lo que él era. Lo que él era, precisamente en cuanto joven —es decir, la riqueza interior que se esconde en la juventud— le había conducido a Jesús y le había llevado a hacer aquellas preguntas, en las que se trata de manera más clara del proyecto de toda la vida. ¿Qué he de hacer? "¿Qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?" ¿Qué he de hacer para que mi vida tenga valor y pleno sentido?* ⁴.

Esta pregunta encierra los anhelos de los jóvenes de todos los tiempos. De la respuesta que se les ofrezca, precisamente en los momentos cruciales de la adolescencia, suele depender en gran medida el futuro de esas personas: su madurez humana y la consistencia de su vida cristiana.

La principal tarea de los padres consistirá, pues, en facilitar a los hijos, cuando llegan a esta edad, una catequesis que les haga *descubrir el sentido genuinamente cristiano de la vida. Esa catequesis debe proyectar la luz del mensaje cristiano sobre las realidades que más preocupan al adolescente, como son el sentido de la existencia corporal, el amor a la familia, el proyecto que ha de perseguir en su vida, el trabajo y el tiempo libre, la justicia y la paz, etc.* ⁵.

³ Juan Pablo II, Carta *Parati semper*, 31-III-1985, n. 3.

⁴ *Ibid.*

⁵ Congregación del Clero, *Directorio catequístico general*, 11-IV-1971, n. 84.

Epoca de rebeldías

Al superar la infancia, los jóvenes comienzan a tomar decisiones personales. Quienes dependían totalmente de sus padres, empiezan a ser conscientes de la propia autonomía. Es otro rasgo característico de la adolescencia: una tendencia inscrita naturalmente en todos los seres humanos, que a ningún padre sensato debe disgustar, porque es ley de vida y requisito indispensable para la maduración de los hijos.

Quizá este rasgo se exprese hoy día con mayor radicalidad que en otras épocas, pero no por eso ha de mirarse con desconfianza. Los cónyuges se alegrarán cuando vean que sus hijos van desarrollando la personal capacidad de decisión, porque *la orientación del hombre hacia el bien sólo se logra con el uso de la libertad* ⁶. Al mismo tiempo, han de permanecer atentos, porque su ayuda será verdaderamente eficaz si respetan, fomentan y orientan ese don. De este modo, *en un clima de amor, los hijos aprenden con más facilidad la recta jerarquía de las cosas* ⁷.

El llamado *conflicto de generaciones* no es cosa de los tiempos actuales: *ha existido siempre, en mayor o menor grado. Es algo casi natural. Por tanto* —aconsejaba nuestro Fundador—, *no hemos de exagerarlo, aunque la situación de ahora es verdaderamente penosa, porque hay una propaganda diabólica, ¡diabólica!*

El demonio no se toma vacaciones y se mete en todos los sitios. Además, hay una conjura internacional de brutalidad, de violencia, de sexualidad, de rebelión. Os he dicho que también éramos rebeldes en otras épocas, pero entonces no había este ambiente malsano, asqueroso, brutal. De modo que vuestros hijos tienen un poquito de disculpa. Los padres no tenéis tanta, porque debéis poner más empeño en librar a vuestra familia de ese ambiente —he dicho diabólico, y lo repito: diabólico— que hay en el mundo, y procurar que se formen cristianamente ⁸.

⁶ Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 17.

⁷ *Ibid.*, n. 61.

⁸ De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, pp. 805-806.

Es preciso que los padres estén prevenidos y se esfuercen por ayudar a sus hijos en esta etapa crítica de la vida. *Cuando se trata de la sana educación de la juventud —escribía el Papa León XIII—, nunca se puede poner un límite al trabajo y a las preocupaciones que se toman, por muy grandes que éstas sean* ⁹.

En primer lugar, como aconsejaba nuestro Fundador, *han de procurar (...) mantener el corazón joven, para que les sea más fácil recibir con simpatía las aspiraciones nobles e incluso las extravagancias de los chicos. La vida cambia, y hay muchas cosas nuevas que quizá no nos gusten —hasta es posible que no sean objetivamente mejores que otras de antes—, pero que no son malas: son simplemente otros modos de vivir, sin más trascendencia. En no pocas ocasiones, los conflictos aparecen porque se da importancia a pequeñeces, que se superan con un poco de perspectiva y de sentido del humor* ¹⁰.

Puede ser de ayuda a los padres recordar que también ellos han sido adolescentes y han sentido parecidas “rebeldías”; eso les moverá a comprender a los hijos, a no asustarse de nada, a tener paciencia. La Iglesia amonesta a todos los educadores a *esforzarse por comprender las instancias de los jóvenes y a seguirles por las nuevas vías en las que expresan legítimamente sus sentimientos, pero sin condescender con las ligerezas y anomalías a que están expuestos hoy día; a ser hermanos y amigos para ellos, al mismo tiempo que portadores de una verdad y de un ideal más altos* ¹¹.

El simple ejercicio de la autoridad paterna —que bastaba para lograr la obediencia de los hijos cuando eran niños— no es ya una razón suficiente para los jóvenes. Se precisa alcanzar una verdadera amistad entre padres e hijos. Los chicos, incluso aquellos aparentemente más díscolos y rebeldes, guardan dentro de sí la necesidad de confiar en sus padres y un gran deseo de que les tomen en serio. Tienen el afán de hacerles partícipes de su intimidad, pero a veces no encuentran correspondencia en sus padres, demasiado preocupados quizá por otros asuntos.

Por eso, además de no exagerar las diferencias en el modo de

⁹ León XIII, Litt. enc. *Sapientiae christianae*, 10-I-1890.

¹⁰ *Conversaciones*, n. 100.

¹¹ Congregación para los Obispos, Directorio *Ecclesiae imago*, 22-II-1973, n. 154.

valorar situaciones y acontecimientos de la vida, evitando así la aparición de conflictos innecesarios, los padres han de saber hacerse cargo de las preocupaciones de sus hijos, mostrarse abiertos y disponibles para mantener con ellos una conversación franca, de verdadero amigo. *Es muy bueno que los chicos sepan que papá, cuando tenía doce, catorce, quince años, también hacía alguna que otra tontería, pero que entonces iba a su padre —el abuelo del niño—, abriéndole el corazón, y él resolvía sus preocupaciones y le ayudaba.*

Podéis exagerar un poquito en este punto —añadía nuestro Fundador—, que el Señor no se enfada. Y luego, habladles cara a cara, uno a uno, con mucha confianza. Dedicadles un poco de tiempo, porque los padres habitualmente sois unos tranquilos: dejáis que las mujeres se encarguen solas de educar a los hijos, y esto es absurdo.

Ellos buscan un papá leal, un papá que les dé confianza, que incluso alguna vez les cuente los apuros y los disgustos que tiene, aunque esto habéis de hacerlo con prudencia: no se les cuenta todo, sino sólo lo que pueden resistir, sin crear odios en su corazón joven... Si los tratas así, verás cómo cambian y te hacen caso, porque te habrás hecho amigo suyo ¹².

Quizá la mayor dificultad de muchos padres es la de no saber hacerse amigos de los hijos, por el temor a abdicar de la autoridad que les corresponde en la familia. El necesario aprendizaje puede facilitarse recurriendo al consejo de otras personas y mediante la asistencia a cursos de orientación familiar, en los que se pone a disposición de los padres conocimientos y experiencias de probada eficacia.

En cualquier caso, no han de esperar a que los chicos acudan a ellos, sino que han de tomar la iniciativa y salir a su encuentro, provocando con naturalidad y con la frecuencia oportuna esas conversaciones personales —con ocasión de un paseo o un rato de deporte juntos, por ejemplo— en las que los hijos puedan abrirles el corazón con confianza.

¹² De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 806.

Enseñar a ser libres

De la manera conveniente, los padres han de *guiar a los jóvenes con prudentes consejos, que ellos deben oír con gusto* ¹³. Les enseñarán que la libertad es fundamentalmente *poder vivir cada uno según las leyes y la recta razón* ¹⁴, y que ese gran don puede verse malogrado.

La principal enfermedad de la libertad es el libertinaje, el afán indiscriminado de independencia, sin aceptar la responsabilidad que va indisolublemente unida al verdadero ejercicio de la libertad: *si los hombres, valiéndose de la libertad personal, negaran toda dependencia de una autoridad superior (...), socavarían el fundamento de su propia dignidad y libertad, esto es, el orden absoluto de los seres y de los fines* ¹⁵.

En ocasiones, el loco afán de independencia lleva al ser humano al deseo de *ser libre "al margen de Dios", incluso libre "contra Dios"* ¹⁶. Se puede llegar así a la triste paradoja de utilizar la libertad contra quien nos la dio. Y esa libertad, *tan mal empleada, se convierte en anti-libertad* ¹⁷.

Se trata de una tentación particularmente sentida en los comienzos de la juventud. Para vencerla, los padres y educadores cuentan con un buen aliado: el sentido de la verdad que aflora con fuerza en el alma de la gente joven. Hay que enseñarles que *ser libre significa usar la propia libertad en la verdad, ser verdaderamente libres. Ser verdaderamente libres no significa en modo alguno hacer todo aquello que me gusta o tengo ganas de hacer. La libertad contiene en sí el criterio de la verdad, la disciplina de la verdad. Ser verdaderamente libres significa usar la propia libertad para lo que es el bien verdadero. Continuando, pues, hay que decir que ser verdaderamente libres significa ser hombre de conciencia recta, ser responsable, ser un hombre "para los demás"* ¹⁸.

¹³ Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 52.

¹⁴ León XIII, Litt. enc. *Libertas*, 20-VI-1888, n. 15.

¹⁵ Pío XII, Radiomensaje de Navidad, 24-XII-1944, n. 9.

¹⁶ Juan Pablo II, Homilía, 13-XII-1984.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Juan Pablo II, Carta *Parati semper*, 31-III-1985, n. 13.

Otro mal que puede envilecer la libertad es la pretensión de encerrarse en sí mismo *como en una dorada soledad*¹⁹, de aislarse y considerar que nada de los otros tiene por qué importarnos. Es preciso ayudar a los jóvenes a superar con prontitud esta tentación, fruto del egoísmo, y enseñarles que ellos mismos han de empeñarse personalmente en esta tarea. La verdadera libertad, en efecto, *no puede ser construida solamente "desde fuera". Cada uno —explica el Santo Padre— ha de construirla "desde dentro"; edificarla con esfuerzo, con perseverancia y paciencia*²⁰.

Luego, en el momento oportuno, después de haber enseñado el recto uso de la libertad y tras ofrecer las recomendaciones apropiadas, los padres *han de retirarse con delicadeza para que nada perjudique el gran bien de la libertad, que hace al hombre capaz de amar y de servir a Dios. Deben recordar que Dios mismo ha querido que se le ame y se le sirva en libertad, y respeta siempre nuestras decisiones personales: dejó Dios al hombre —nos dice la Escritura— en manos de su albedrío (Eccli. XV, 14)*²¹. Actuando así, será una realidad que la familia forma *a los hijos para la vida, de manera que cada uno cumpla con su cometido, de acuerdo con la vocación recibida de Dios*²².

Con cariño y paciencia

En lo referente a la vida cristiana, *los adultos deben tener presente que el adolescente no se adhiere a la fe y no se confirma en ella mediante una identificación con ellos, sino más bien como resultado de una decisión personal progresivamente madurada*²³. La consecuencia inmediata es que, por lo que se refiere al cumplimiento de los deberes religiosos, los padres han de dar buen ejemplo a sus hijos, recordarles cuáles son sus obligaciones cristianas y facilitarles su cumplimiento, pero no deben imponérselas por la fuerza. Ade-

¹⁹ Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 31.

²⁰ Juan Pablo II, Carta *Parati semper*, 31-III-1985, n. 13.

²¹ *Conversaciones*, n. 104.

²² Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 53.

²³ Congregación del Clero, *Directorio catequístico general*, 11-IV-1971, n. 86.

más de no servir para nada, sería contraproducente.

El recurso a los medios sobrenaturales estará especialmente presente en esos momentos, porque *la oración de una madre o de un padre, cuando se acuerda de sus hijos delante de Dios, es poderosísima* ²⁴. Y junto a la oración, el buen ejemplo y la serenidad: con gritos no se arregla nada. *No riñáis con ellos: escuchadles, tratadlos de hombre a hombre, con cariño, con afecto, con comprensión. Salid a mitad del camino, y veréis cómo os entendéis con ellos* ²⁵.

Los padres han de saber dejar de lado muchas veces sus opiniones y gustos personales en temas sin trascendencia, para acomodarse a los gustos de los hijos; y no ceder, en cambio, en aquellos puntos fundamentales en los que una concesión sería traición más bien que ayuda. Porque *el ministerio de evangelización y catequesis de los padres debe acompañar la vida de los hijos también durante su adolescencia y juventud, cuando ellos, como sucede con frecuencia, contestan o incluso rechazan la fe cristiana recibida en los primeros años de su vida* ²⁶.

Aunque no hay duda de que la familia educa y de que la escuela instruye y educa, al mismo tiempo, tanto la acción de la familia como la de la escuela quedará incompleta, y podría incluso ser estéril, si cada uno y cada una de vosotros, jóvenes, no emprende por sí mismo la obra de la propia educación ²⁷.

En efecto, como aclaraba nuestro Fundador, *no todo depende de los padres. Los hijos han de poner también algo de su parte. La juventud ha tenido siempre una gran capacidad de entusiasmo por todas las cosas grandes, por los ideales elevados, por todo lo que es auténtico. Conviene ayudarles a que comprendan la hermosura sencilla —tal vez muy callada, siempre revestida de naturalidad— que hay en la vida de sus padres; que se den cuenta, sin hacerlo pesar, del sacrificio que han hecho por ellos, de su abnegación —muchas veces heroica— para sacar adelante la familia. Y que aprendan también los hijos a no dramatizar, a no representar el papel de incomprendidos; que no olviden que estarán siempre en deuda con*

²⁴ De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 811.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981, n. 53.

²⁷ Juan Pablo II, Carta *Parati semper*, 31-III-1985, n. 13.

*sus padres, y que su correspondencia —nunca podrán pagar lo que deben— ha de estar hecha de veneración, de cariño agradecido, filial*²⁸.

Esta enseñanza constituye una parte importante de la labor de formación que el Opus Dei realiza entre las personas jóvenes, y que en los momentos actuales tiene especial trascendencia. Desde el primer momento, antes de que aparezcan las posibles dificultades, hay que poner en guardia a los muchachos de los peligros que pueden encontrar. Se evitarán así muchos disgustos y podrán, en cambio, desarrollar mejor su personalidad.

Haciendo eco a las preocupaciones del Romano Pontífice, conviene prevenirles frente a *la tentación del criticismo exasperado que pretende discutir todo y revisar todo; o del escepticismo respecto de los valores tradicionales, de donde fácilmente se puede desembocar en una especie de cinismo desaprensivo cuando se trata de afrontar problemas del trabajo, de la carrera o del mismo matrimonio. Y ¿cómo callar ante la tentación que representa el difundirse —sobre todo en los países más prósperos— de un mercado de la diversión que aparta de un compromiso serio en la vida y educa a la pasividad, al egoísmo y al aislamiento?*

*Os amenaza, amadísimos jóvenes, el mal uso de las técnicas publicitarias, que estimula la inclinación natural a eludir el esfuerzo, prometiendo la satisfacción inmediata de todo deseo, mientras que el consumismo, unido a ellas, sugiere que el hombre busque realizarse a sí mismo sobre todo en el disfrute de los bienes materiales. ¡Cuántos jóvenes, conquistados por la fascinación de engañosos espejismos, se abandonan a las fuerzas incontroladas de los instintos o se aventuran por caminos aparentemente ricos en promesas, pero en realidad privados de perspectivas auténticamente humanas!*²⁹.

Tenemos por delante una gran tarea de educación de la juventud, deseosa como siempre de verdad y de bien. Hay que ayudar a los jóvenes a encontrar y reconocer la vocación con que Dios llama personalmente a cada uno, que es vocación a la santidad, sabiendo que el "sígueme" de Cristo se puede escuchar a lo largo de distintos ca-

²⁸ *Conversaciones*, n. 101.

²⁹ Juan Pablo II, Carta *Parati semper*, 31-III-1985, n. 13.

minos, a través de los cuales andan los discípulos y testigos del divino Redentor ³⁰.

En la Obra tenemos bien claros, por querer de Dios, los medios de saciar las ansias de la gente joven. Lo importante es poner a los muchachos en contacto con Jesucristo, mostrárselo tal como aparece en el Evangelio, sin rebajar ninguna de sus exigencias. El resto lo hará el Señor.

³⁰ *Ibid.*, n. 9.